

ISIDRO

Poema rural de Burriana



Manuel Peris Fuentes



ISIDRO



A Ernesto

Recuerdo cariñoso de tu hermano

Manuel

Manuel Peris Fuentes

ISIDRO

Poema rural de Burriana

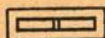
Compuesto de nueve cantos



Valencia.—1925
Imprenta de José Olmos
Calle de Jesús, núm. 47

INDICE

	<u>Páginas</u>
Unas palabras a modo de prólogo.	11
I.—La musa.	13
II.—Lejanías.	17
III.—Familia.	25
IV.—Orfandad.	33
V.—Protagonista.	39
VI.—Elena.	45
VII.—El Juncar.	53
VIII.—Adiós.	59
IX.—Naranjales.	65



Unas palabras a modo de prólogo

Quiero que el sol de la Patria fecunde mi pluma mojada en savia de naranjo. Quiero cantar la epopeya de nuestros mayores que redimieron la tierra ingrata, trocándola en fuente de salud y de producción.

Los espléndores de los pueblos tienen su raigambre en las virtudes privadas: la sobriedad y sencillez, el amor al trabajo y la fe inquebrantable en el éxito de audaces empresas, fueron los tres resortes de las prosperidades actuales. En cambio, la vida complicada y onerosa, la ociosidad y el escepticismo que pululan en los pueblos adormecidos en la enervante molicie y dominados por el afán insensato de goces y sórdidas codicias, traen aparejada la bancarrota material y espiritual.

Seamos fieles continuadores de nuestras venerandas tradiciones y acrecentemos para lo venidero la pingüe herencia de bienestar, de serenidad de espíritu y de confianza en nuestros destinos que recibimos de nuestros antepasados. Los que vengan nos bendecirán como nosotros bendecimos a los que han sido.

¡Loor a los muertos!



I
LA MUSA



Hermosa Burriana,
perla de la Plana,
florón del Mijares,
la musa que inspira mis pobres cantares,
nacidos del alma
en horas de calma
como hirviente espuma.
De angélicas alas quisiera la pluma,
y ensalzar la gloria
digna de memoria
de nuestros mayores,
que tu agro cubrieron de frutos y flores.
Los muertos dejaron
su jugo, y crearon
más riqueza y arte,
que el propio Don Jaime pensara al poblarte.
¡Sombras de ultramundo,
que el germen fecundo
sembrasteis en vida,
venid, que os evoca la patria querida!
la hermosa Burriana,
perla de la Plana,
florón del Mijares,
que inspira al poeta sus rudos cantares.



II
LEJANÍAS



En un rincón de España
que el mar Tirreno con sus ondas besa
y el Idubeda caudaloso baña,
festoneada y presa
por agreste montaña,
donde su mole protectora, airosa
alza Peñagolosa,
apacible llanura se dilata
cual manto de esmeralda que salpica,
en profusión exuberante y rica,
la esfera de oro con su flor de plata.

Cupo en ella primero
al peregrino ibero
posar su planta; en campo atrincherado
desparramar los hatos de ganado
por donde el agua brota,
y verter del sudor la primer gota,
que el virgen suelo fecundará urgente,
estableciendo, en tan lejana fecha,
una alianza estrecha
la fértil tierra con la humana frente.

Y vinieron después nuevos colonos,
fundando bien surtidas factorías,
sin provocar del pueblo los enconos,
para ofrecerle extrañas mercancías.
Adquirieron valor con las permutas
entre el propio producto y el ajeno,
las materias brutas
y los sobrantes frutos del terreno.
Implantóse el metódico cultivo

del mitológico e industrial olivo;
del fructífero almendro temprano
florecente en Enero,
más las siembras copiosas
de faraónicas leguminosas,
y otras útiles plantas orientales
que, en lustros de sosiego,
la abundancia vertieron a raudales
aprovechando el agua para el riego.

Roma, la sabia Roma,
tras incesantes luchas seculares,
su gran dominio aploma
sobre la tierra y mares;
y la bélica Iberia dividida
por hondas disensiones familiares,
maltrecha cae ante sus pies vencida.

Pero al cabo revela
procedimientos nuevos de cultura
que hicieron prosperar la agricultura.
Díganlo, si no, Higino y Columela
de limpia estirpe hispana,
que en todas las provincias imperiales
expandieron la luz fecunda y sana,
sus geopónicas obras magistrales.
Por viciosas campiñas
verdearon sus pámpanos las viñas;
las exóticas flores
alegraron los huertos y cercados,
y asociáronse hortícolas primores
con los nuevos frutales importados.

Extintos los ilustres Antoninos,
cuando en buques mercantes de alto porte
a Italia realizábase el transporte
de los frutos, los granos y los vinos

que rendía la Plana,
la invasión de los bárbaros del Norte
pronto humilló la potestad romana.

A las luchas campales
siguieron los precisos acomodados
que pactaron los mismos naturales
con los dominadores visigodos,
y otra vez a surcar volvió el arado
el campo burrianense abandonado.
La robusta morera
aportó su follaje nutritivo
a la industria sedera,
y en grande escala se emprendió el cultivo
del pródigo manzano,
que, a través de asolantes correrías,
mantúvose lozano
hasta casi el umbral de nuestros días.

Por los comienzos del poder moruno,
en la medina Alhadra musulmana,
no debió introducirse cambio alguno;
se ajustaron los moldes uno a uno
sobre la usanza gótica y romana.
Por motivos pueriles
armaban entre sí bregas civiles
los díscolos e inquietos sarracenos,
y sólo los indígenas, ajenos
a sus revueltas y extenuante guerra,
aplicarse podían a la tierra.

Al ampliar los cristianos esforzados
sus crecientes estados,
levantaron los moros cautelosos
las derruidas murallas
de Burriana, cercándolas de fosos,
como lugar copioso de vituallas;

pudiendo por entonces acrecerse
el suelo labrantío
y, aun acaso, extenderse
el area dedicada al regadío.

Luego que con las huestes castellanas
el burgalés Rodrigo,
ya como vencedor, ya como amigo,
exploró las comarcas valencianas,
vino el Conquistador Jaime primero
combatiente tenaz, de ojo certero,
al frente de un ejército; a la vista
de la feraz y paradísea Plana,
emprendió la inmediata reconquista
de la llave del reino, de Burriana.

Y la pobló de aragonesa gente,
dotada de franquicias especiales,
con un gobernador fiel a su frente.
Los habitantes, sobrios y frugales,
almogavares de moral sencilla,
estuvieron atentos solamente
a conservar, para la ilustre villa,
la inicial condición de realengo
que, a tan noble abolengo,
reunía el disfrute duradero
de honrados privilegios con su fuero.
Mas arrostraron por su aciaga suerte
rudas y sucesivas tropelías:
las sorpresas alevés del pirata,
las guerras de la Unión, las Germanías
y de las sierras de intrincados riscos,
la amenaza inquietante de moriscos
que hundieron sus campestres granjerías.

Para colmo de males
se hicieron plantaciones de arrozales.

El agua acumulada y sin salida,
dejó la tierra baja convertida
en marismas e infectos barrizales.
quedando, por su intento temerario,
saturado el ambiente de tal suerte,
de miasmas meffíticos de muerte,
que se redujo a un quinto el vecindario.
Y de nuevo volvieron diligentes
los escasos, sin par, supervivientes
a emprender con ahinco la tarea,
que librara a sus caros descendientes,
morar en insalubre y triste aldea.

Contemplemos con ánimo apiadado
del tiempo ya pasado
su alterna postración y su grandeza;
rememorando insignes tradiciones
cobra la raza brío y fortaleza.
¡Muertas generaciones
que agostasteis sufridas
en aras del futuro vuestras vidas,
recibid mis cordiales bendiciones!





III
FAMILIA



Entrada, cuarto y hogar,
corral, establo y pajar,
sin otro departamento,
forman la humilde morada
donde una familia honrada
vive en el mayor contento.

Y con espíritu fuerte,
conformada con su suerte,
sus aspiraciones son:
consagrar día por día
el cuerpo a la economía
y el alma a la religión.

Sin sufrir contrariedades
por sostener vanidades
a expensas de privaciones,
en tener buena cosecha
y con Dios unión estrecha
se cifran sus ilusiones.

Porque una añada abundante
alegra a la esposa amante
afanada por ahorrar;
porque el Ser Omnipotente
es el brazo providente
y custodio del hogar.

Libre de cavilaciones
y de agitadas pasiones,
semillero de hondas penas,
parece un lago riente
de agua limpia y transparente,
de aguas quietas y serenas.

Un viñedo pampolero
cultivado con esmero
posee cerca del mar,
con doce olivos cercado
a guisa de apostolado
y tierra de pan llevar,
que en rotación juiciosa
cereal-leguminosa
y hortalizas al descuido,
aun en los años peores
recoge, de sus sudores,
para el sustento cumplido.

Predios en parte heredados,
que probos antepasados
gananciaron diligentes,
y tierra en parte adquirida
con sobriedad de la vida
y labores deprimentes.

La familia labradora
que con fe trabaja y ora,
en todas las latitudes,
cual títulos de nobleza,
es venero de riqueza
y dechado de virtudes.

Todos tienen reservado
de su tarea el cuidado,
cualquiera sea su cuna,
y todos son los causantes,
como propios fabricantes,
de su desdicha o fortuna.

Y si el hombre fué excluído
del paraíso perdido
por su culpa, con dolor,
mientras la mancha redime,

aquel paraje sublime
lo recupera el amor.

Amor que atrae, aproxima,
estrecha, funde e íntima
en el recíproco anhelo,
y las almas vinculadas
por amorosas lazadas,
hallan en la tierra un cielo.

La miel de nuestra existencia
en «el árbol de la ciencia»
nunca estuvo contenida;
la felicidad humana
se desenvuelve lozana
junto al «árbol de la vida».

No es la vida una campaña
de artificiosa maraña
para atrapar la opulencia,
y hartarse de torpes goces
que mortifiquen veloces
en mengua de la conciencia;
ni abismarse en abstrusiones
y estériles confusiones
que conturben la razón;
ni entablar contienda ruda
para engendrar, con la duda,
vacío en el corazón.

—

Quien solicite enseñanzas
de inveteradas usanzas
y un vivir sano y tranquilo,
tome el confortante ejemplo
que preside en ese templo
de bienandanzas asilo.

En ese lugar sedante
donde el fuego llameante
todo lo sume y depura;
en ese hogar alejado
del bullicio y consagrado
al amor y a la ternura.

Pongamos por testimonio
al modesto matrimonio
que, en tanto él trabaja y crea,
su fiel y entrañable esposa,
sutil, rauda y hacendosa
ayuda, cuida y granjea.

Nada de cuanto aprovecha
se desperdicia y desecha,
compra de lo que carece
y vende lo que le sobra;
con tan hábil maniobra
el caudal común acrece.

Constante madrugadora
antes que quiebre la aurora
y despierten los gorriones,
y las estrellas se apaguen,
y que los ciegos propaguen
sus matinales canciones.

No necesita pintores
ni pagados servidores;
porque le es faena grata,
blanquear pieza por pieza,
tener la casa en limpieza
como una taza de plata.

Y al ser la noche llegada,
la olla ya recalentada
servir sobre albo mandil,
pareciéndoles más grato

comer en su mismo plato
bajo la luz del candil.

El padre henchido en cariño
entretiene al tierno niño
ahorcado en la rodilla,
y si es mayor, toma turno
en aquel yantar nocturno
sentado en rústica silla.

Manos ásperas, callosas;
manos rudas y gloriosas
del trabajo muscular;
manos fuertes, productoras,
merecéis, por bienhechoras,
que se os eleve un altar.





IV

ORFANDAD



Una noche del mes de Diciembre
sin luna, sin astros,
densas nubes surcaban veloces
el obscuro espacio;
impulsadas por fuerte levante,
como la nieve, helado,
y cediendo a su gran pesadumbre
rompieron en llanto.

Resbalaban las aguas glaciales
sobre los tejados,
y llenáronse calles y plazas
de lodo y de charcos.

Transcurrían las horas; las nubes
seguían llorando;
revolvíase el viento iracundo
en silbos extraños,
y a lo lejos el mar, sacudido
por intenso espasmo,
ululaba mugidos profundos
que daban espanto.

En la casa—la casa aludida
en nuestro relato—
en aquel santo nido de amores
purísimos, castos;
en aquella mansión consagrada
a Dios y al trabajo,
se posaron tan lúgubre noche
los infaustos hados.
Sobre lecho sencillo de tablas
yacía, en el cuarto,

consumiendo energías, el ama
en trance apurado.

Una mano tendida, el esposo
llevóla a sus labios,
como quien transfundiera la vida
al recio contacto.

Señalaba con la otra insegura
un vetusto cuadro
encerrando la artística imagen,
en papel grabado,
de la Virgen que junto al estanque
tiene el santuario.

Y aunque apenas hablar acertaba,
le dijo al muchacho
que a la tétrica escena asistía
lloroso y temblando:

«Hijo mío, tu madre es la Virgen»,
—la Virgen del cuadro—

y exhalando un suspiro angustioso
entornó los párpados.

En solemne momento que el alma
rompía los lazos,

elevando al eterno su vuelo
de espíritu alado,

arreciaba la lluvia y el viento
más duro y airado,

y la mar remontaba hasta el cielo
sus bramidos trágicos.

De esta suerte la sabia Natura
muestra su quebranto,

cuando el mundo abandonan los justos,
cuando muere un Santo.

—

Pero el viudo, después de la pérdida,
quedó desolado,
con la herida mortal en el alma.
Si estaba en el campo,
por doquier de su esposa asaltábale
el recuerdo grato:
en los viejos frondosos olivos,
en los verdes pámpanos;
en el trigo las habas y alubias,
en el maíz y cáñamo;
en las coles, cebollas, patatas,
guisantes y cardos.
Le abrumaba la azada de puntas
y el azadón ancho;
ni montaba la jaca moruna,
ni uncía el arado.

Si volvía al hogar ¡Dios eterno!
¡y qué solitario!
sin corderos, cerdito, gallinas,
polluelos ni patos.
Las blanqueadas paredes humosas,
vacíos los cántaros,
olla rota, caldero inservible,
candil apagado.

Si tendido en la obscura cocina
sobre un duro banco,
se pasaba las noches enteras
en ella pensando.
Advertido que el hijo dormía
ya bien sosegado,
quedamente, con tiento, pasito,
entraba en el cuarto.

Encendía la luz en un cirio
allí reservado,

y con hondo fervor religioso,
contemplando el cuadro,
en la estampa preciosa, veía
el propio retrato
de su amada, su fiel compañera,
su ayuda, su amparo.

Y palpaba la cama vacía
con sumo cuidado
de turbar de la muerte el misterio.
Fué el lecho un sagrario
guardador del efluvio reciente
del postrer hálito
de su esposa, funesto despojo
de sueños dorados.

Ya rendido imploraba del cielo,
compasivo y sabio,
abreviara su vida penosa
sumida en un caos.
Mas el fin del labriego afligido
estaba cercano;
el continuo sufrir le produjo
mortífero estrago,
y, perdiendo las fuerzas, incurre
en mortal colapso,
para, en breve, emprender, peregrino,
el viaje largo.

Aquel cuerpo robusto, incansable,
de acero forjado,
como anémico infante sucumbe;
y sólo el muchacho,
sin tutor que los frutos raptase,
sin ser explotado,
ni escribir una letra siquiera,
hizo su adelanto.



V

PROTAGONISTA



Isidro, tal es su nombre;
no es aquel tímido mozo
aun sin asomarle el bozo;
Isidro es ya todo un hombre.

El mismo, sí, en el pensar,
el mismo en inclinaciones,
el mismo en las aficiones
que adquirió en su santo hogar.

La educación que atesora
el niño desde su infancia,
no es aceite que se enrancia,
sino licor que mejora.

Y aunque se tomen por guías
los consejos de la madre
y los ejemplos del padre,
no en balde pasan los días.

Por eso Isidro, adiestrado
en la lucha por la vida,
tiene la fama adquirida
de un hombre de bien y honrado.

Sombra de aquel labrador
infatigable y creyente
que, al alba, invariablemente,
iba a la iglesia Mayor
para oír la primer misa,
y, tomando con afán
una sardina y un pan,
marchar al campo de prisa.

Y como impuesto destajo
con ¡Jesús! por previo aviso,

salvo el descanso preciso
no cesaba en el trabajo;
hasta que ya el sol en pos
de la montaña escondido,
exclamaba agradecido:
¡alabado sea Dios!

Piadosa costumbre usada
por la gente campesina,
que la intervención divina
asocia a toda jornada.

*
* *

Isidro debió, en buen hora,
por su continente y traza,
ser almogavar de raza,
de raza conquistadora.

Alto, fornido, cenceño,
de mirada firme y leal;
en la palabra formal,
porfiado en el empeño.

Poseído de optimismo
y animosa confianza,
guarda cierta remembranza
surgida por atavismo,
con quienes, en grave asunto
de dominación metidos,
por Aníbal dirigidos
abatieron a Sagunto;

con aquellos hispanienses
que en patriótica alianza
demostraron su pujanza
en las huestes viriatenses;
con aquellos guerrilleros,
formidables luchadores,

en combatir los mejores,
en atacar los primeros;
aquellos que, aun por los poros,
respirando fe cristiana,
guarnecieron a Burriana
a la expulsión de los moros.

* * *

Sin ir Isidro a la guerra
es terrible luchador.
¿Quién con más vehemente ardor
libra bregas con la tierra?

Cuando él empuña la azada,
es el brazo más seguro
en romper el suelo duro,
como en ahondar la cavada.

Nadie en igual prontitud,
amontonando terrones,
levanta los caballones
de alineada exactitud.

Como la parva somera
disponga con hábil mano,
limpiando igualmente el grano,
que de paja y tamo la era.

Ni conoce superior
en formar los hormigueros,
tan en la quema certeros,
y en esparcirlos mejor.

Ni quien apostar se atreva
a trazar surcos más rectos,
paralelos y perfectos,
puesta la mano en la esteva.

Ni quien en toda la Plana
con su entonación sonora,

la tonada labradora
cante puesto en la besana.

Lanzando a los cuatro vientos
la voz potente y sentida,
resuenan por la partida
sus triunfadores acentos
con sol radiante de gloria.

¡Canta, rústico cantor,
que el cantar del labrador
es canto de la victorial

El que Isidro, allá en la calma
que el estiaje acumula,
con libre estilo modula
como salido del alma.

Y sobre el terruño anhidro
que desecan los ardores,
canta Isidro sus amores;
porque amores tiene Isidro.





VI

ELENA



Por feliz casualidad
una moza casadera
reside en la vecindad,
tan falta de vanidad
como gentil y hechicera.

En la que Isidro ha fijado
su solícita atención;
y tiene por descontado
que ella ya se ha percatado;
se lo dice el corazón.

Y como estas relaciones
que inician los corazones,
al principio imperceptibles,
van suscitando afecciones
a la postre irresistibles,

no se tendrá a maravilla
que, ultimadas las labores,
vaya en su jaca tordilla
con roja manta por silla
al puente de los Amores,

que es predilecto lugar
donde acuden a llenar
los cántaros, de agua pura,
las que pueden ostentar
beldad, garbo y donosura.

Ni quiere Isidro perder
coyuntura vespertina
que se le pueda ofrecer,
únicamente por ver
a su adorable vecina,

en la diaria tarea
con el cántaro al rodete;
y al punto al bruto espolea,
que brinca y caracolea
montado por buen ginete.

Se cruzan entre los dos
alguna mirada leve
que solo lo nota Dios;
Isidro, tras de ella en pos...
titubea y no se atreve.

¡Puede tanto un buen querer
aun en quien nada le arredra!
que ante una débil mujer
queda, sin saber qué hacer,
inmóvil como una piedra.

En quien usando pañuelo,
alpargata y manta charra,
cobra pájaros al vuelo,
corre caballos en pelo
cual nadie y tira a la barra.

En quien cosa fácil es
pararle a un toro los pies
y echar del lazo la suerte,
fatigándole después
hasta llevarle a la muerte.

En quien cuando el caso llega,
a la buena o en refriega,
siempre con frente muy alta,
a nadie al saludo falta
ni a nadie la cara niega.

Pues todo amor palabrero
no es un amor verdadero;
el sentimiento amoroso

cuanto más firme y entero
es tanto más silencioso.

A Isidro ninguna llena
sus ilusiones de rosa
como su vecina Elena
que, siendo como el pan buena,
por buena la quiere esposa.

Despiértale su candor
esas ternuras sin nombres,
esa ansiedad interior
que apellidamos amor
y que sojuzga a los hombres.

En el discreto mirar
con los párpados por velo,
deja en su alma adivinar
profundidades de mar,
serenidades de cielo.

Su voz sonora apasiona;
sus palabras son caricias;
su airosa esbeltez pregona,
que un manojo de delicias
se integran en su persona.

Brinda a gratos embelesos
su escultórica hermosura
con carmíneos labios gruesos,
donde palpitan los besos
de esposa y madre futura.

De presencia soberana,
sincera cual claro día,
pues es la flor más galana
que en la tierra de Burriana
para su ornato se cría.

De liviandad enemiga,
sencilla como paloma,

hacendosa como hormiga,
resistente a la fatiga
y sana como una poma.

*
* *

En medio la turbación
que de Isidro se apodera,
a la que en su corazón
reina, en su íntima intención,
platica de esta manera:

«¿qué quieres, Elena amada?
¿Quieres que un hogar fundemos?
Yo tengo una casa honrada,
de mis padres heredada,
y juntos la habitaremos.

Exentos de sinsabores,
reproduciendo el ejemplo
que observaron mis mayores,
será de nuestros amores
inviolable y santo templo.

¿Qué deseas, vida mía
que no realice en concierto?
¿Acaso blanca alquería,
simbolizando alegría
en la espesura del huerto?

Alquería has de tener,
las siembras no han de faltar,
hortalizas a placer,
naranjas cuanto hay que ver
y las tierras del Juncar.

Finca que en horas baldías
y con trabajos prolijos
de todas mis energías,

al cabo de luengos días
será el pan de nuestros hijos.

*
*
*

Una hada que sin ruido
los amores encadena,
informada por Cupido,
sopló la nueva al oído
de la enamorada Elena;
la buena, la candorosa,
la bella flor de Burriana,
que de Isidro fué la esposa
y madre de numerosa
prole, inteligente y sana.





VII

EL JUNCAR



En la zona inferior de nuestro término,
tierra de izagas y espaciosas gándaras,
y a entrambos lados donde el Seco río
vierte en el mar sus torrenciales aguas,
extendíanse, en lustros fenecidos,
dos insalubres charcas;
inficientes Pontinas que, esparciendo
palúdicos miasmas
perniciosos, malignos,
a la sufrida población diezaban.

Abierto, al cabo, el colector desagüe
comunicante entre las golos raudas,
los expertos labriegos burrianenses
la empresa acometieron sin tardanza,
de sanear las marismas,
surcándolas de rectas y anchas zanjas.
Tales son las partidas
de *suertes* y marjales cultivadas:
labor atribuída a la morisma
cuando es labor indígena y cristiana.

El Juncar fué la finca predilecta
de Isidro; radicaba
cabalmente en el centro
de la más honda y peligrosa balsa.

La tierra sumergida por completo
en épocas lluviosas, sustentaba
vegetación acuática copiosa:
ova, chamiza, junco y espadaña,
y en tiempos de sequía
la maleza de erial: puntas de espada,

puerros, cardos, fusílagos,
carrizos, con innúmeras zizañas.
En la estación que el luminar del día
dirige al suelo sus caricias cálidas,
un enjambre de insectos
bullía entre las brozas espontáneas.
Al caer de la tarde,
cuando la brisa calma,
nubes movibles de ágiles mosquitos,
dejando sus guaridas, se formaban,
y rompía el silencio del espacio
el croar estridente de las ranas,
como ingrato y monótono concierto
de acelerado repicar de cañas.

En el invierno el emergido suelo
cubríase de blanquecina escarcha,
licuada al primer beso
del sol de la mañana,
y por la noche el vaho despedido
de los fangales saturados de agua,
en humeantes brumas opalinas
por la maleza indómita ondeaba
cual flotante sudario que cubriera
a las hierbas silvestres y alimañas.

Hoy un vago recuerdo apenas queda
de aquellas aguanosas tierras bravas;
de aquellos lodazales insalubres;
de aquellas tristes tierras solitarias.
Pisábanlas acaso
pescadores de anguilas y de ranas,
cazadores de fúlicas y de ánades,
becacinas y garzas
y los pocos rebaños de novillos
que por el bajo término pastaban.

Los únicos productos que rendían:
exiguos pastoreo, pesca y caza.

—
La tierra del Juncar, como turbosa,
al tacto y a la vista se presenta
friable y cenicienta;
parece tierra de corrupta fosa,
y contiene elementos combinados
con los restos de muertos organismos,
a flor casi del suelo sepultados
por grandes y ancestrales cataclismos.

Traza Isidro los cauces necesarios
para aplicar la palería ruda
de extrema a extrema orilla,
y al cabo de años varios
la finca se transmuda
de uniforme en artística parrilla.
En tiempo de avenidas procelosas
arrastran las acequias por sus quiebras,
como rojas culebras,
suspendidas partículas terrosas
en las aguas, y el fango acumulado
con ímprobo cuidado
en el fondo limoso de las zanjas,
se eleva a las marjales
repletas de frondosos plantonales,
futuros productores de naranjas.

Y cuando Isidro siente
de los años el peso que no miente,
y amenguar su energía
al contemplar las líneas espesas
de los naranjos llenos de promesas,
sentado en el umbral de la alquería,
desfilan por su mente,

en franca simpatía,
de los gratos recuerdos el torrente
que de toda su vida el ciclo abarca.
Evoca de su padre la figura;
de aquel probo y honrado Patriarca
que jamás pronunció palabra impura,
absorto en los diarios quehaceres
de labor fuerte y dura
y exacto cumplidor de sus deberes.

Asáltale igualmente a la memoria
su santa madre de virtudes prenda,
que en su postrer aliento le encomienda
a la Virgen de la Misericordia,
y asomando una lágrima a sus ojos
hace inclinación leve
con la cabeza, orlada por la nieve,
y reza con los labios temblorosos.

También piensa en sus hijos, ya criados
según la antigua usanza
con el amor a Dios y a la labranza,
si no ricos, al menos bien dotados.

Y el último eslabón de la cadena
de aquellas familiares sensaciones,
es su querida Elena,
resumen de sus rientes ilusiones,
siempre amorosa, complaciente y buena.

Si en el Juncar estaba,
al seno del hogar le transportaba
el vuelo de su inquieta fantasía,
y si en casa encontrábase despierto,
en la blanca alquería,
como concha de nácar en el huerto,
soñaba dulcemente,
y en el fondo del alma Dios presente.



VIII
ADIÓS



Isidro siente escapar
el aliento de la vida;
quiere dar la despedida
a la marjal del Juncar.

A la que ha sacrificado
todos sus años mejores;
en la que adquirió dolores
y achaques, pero ha triunfado.

Acometió con tesón
el infecto lodazal,
hoy riquísima marjal,
huerto en plena producción.

De naranjas los millares,
excepto imprevistos daños,
hace ya bastantes años
los cuenta por centenares.

Dale el adiós, labrador,
al naranjal del Juncar;
tus hijos le han de tratar
con cariño y buen amor.

Porque saben lo que cuesta
una marjal productiva,
y la cultura intensiva
el pingüe esquilmo que presta.

El móvil de tu interés
no lo engendra el altruísmo;
laboras para ti mismo
y los que vengan después.

Los afanes y vigalias
que en las haciendas has puesto,

no las hubieras dispuesto,
de entender que otras familias
extrañas a tu intención
las gozasen, y si ayuda
se ha puesto a tu labor ruda,
fué con su cuenta y razón.

Fuera ociosas discusiones;
no hay cosa más bien ganada
que la fortuna amasada
con trabajo y privaciones.

*
* *

Llegado Isidro al Juncar,
albérgase en la alquería;
tal vez el último día
que vea el huerto y el mar.

Aquella tierra plomiza
productora de zizaña,
ahora libre de espadaña,
ovas, juncos y chamiza.

Aquella tierra bravía
recipiente de agua impura,
sometida a la cultura
con naranjal y alquería.

Y el mar de olas rumorosas;
el mar de aguas espejeantes,
policromas, centelleantes,
como escamas luminosas.

Mar de argenteas espumas,
de ondulaciones ligeras,
de blandas brisas costeras,
de lejanías sin brumas.

Mar de tono glauco verde,
de indescriptibles mudanzas,

entre cuyas lontananzas
la imaginación se pierde.

Frente a él, con los ojos fijos,
su espíritu se extasía,
en lo alto de la alquería
rodeado de sus hijos,

y estando en la misma pieza
Elena, junto con ellos.
Aun conserva los destellos
de su juvenil belleza

la venerable matrona
que a todos hace el cumplido,
y ante el fogón encendido
la *paella* confecciona.

Ese plato succulento,
por la región aceptado,
como manjar obligado
en días de esparcimiento
con la familia reunida.

¡Qué emoción tan tierna deja,
a medida que se aleja,
un día de despedida!

Y habrá de serlo mayor
del tiempo en su curso breve,
adquiriendo alto relieve
nuestro Isidro el labrador

en la popular conciencia
colmada de gratitud,
hacia quien dió su salud
por legarnos rica herencia;

y revelando en Burriana
sus abnegadas labores,
inspiró empresas mayores
a los pueblos de la Plana.

De justicia es que se piense
que el valor de la comarca,
la promovió el Patriarca,
el Isidro burrianense.





IX

NARANJALES



Ya el día se avecina con la naciente aurora;
ya un risueño mañana cercano se entrevé;
de luz vivificante nuestro horizonte dora
la triada esplendorosa de amor, trabajo y fe.

Amor a la familia, sagrario en que se encierra
la paz gozada lejos del mundo engañoso;
amor al patrio suelo y amor a nuestra tierra
que lleva impreso el sello del genio agricultor.

De los antepasados las huellas expresivas
asiduas sus labores y honrado su vivir,
siguiéndolas fielmente, son hoy iniciativas
de empresas más gallardas que entraña el porvenir.

La férvida creencia, la fe roqueña y rancia
que fuera el vital nervio de nuestro antiguo hogar,
hoy es potente aliento, la sólida constancia
y el animoso arresto del diario batallar.

¿Qué son los naranjales, brindando ricos dones,
que cubren la planicie del campo de Burriana?
De fatigas pasadas brillantes proyecciones,
actual florecimiento de raza noble y sana.

Cadena de heroísmos forjada sin atuendo;
tragedia lejendaria de esfuerzo silencioso,
cual la naturaleza que opera sin estruendo
y oculta a nuestra vista su seno misterioso.

No alcanza humano oído las rítmicas cadencias,
sonoras y armoniosas de mágicos cinceles
que labran lentamente los frutos, las esencias,
los vástagos, los brotes, las rosas y claveles.

Si el labrador voltea la tierra sazónada,
activan su proceso las azoantes bacterias,
disuelven acuciosas la orgánica abonada
y la humedad diluye las químicas materias.

Las aguas borbotantes que del Mijares llegan,
como linfas fluviales, calladas peregrinan
en busca de los huertos, cuando las hojas pliegan,
y apagan sus ardores al paso que caminan.

Y la tierra revive, la tierra no está muerta;
persiste aletargada sumida en blando sueño
si no se la acaricia, si no se la despierta:
es pródiga la tierra si la cultiva el dueño.

La savia nutritiva circula presurosa
y estallan los botones en niveas estrellas;
son germen de naranjas doradas y sabrosas
que ostentan el emblema de púdicas doncellas.

Mientras el sol con su ojo de fuego incandescente
las azulinas aguas del Sucronense irisa,
las flores embalsaman el cristalino ambiente
templado por el soplo apacible de la brisa.

Los árboles frondosos cargados con exceso,
demandan el apoyo de rígidos puntales,
y sus ramas, cediendo del fruto al grave peso,
parecen majestuosos, soberbios mantos reales.

En buques numerosos se exporta al extranjero
empaquetada en cajas aquella fruta rica;
llevamos la naranja, traemos el dinero
y el redentor trabajo crece y se intensifica.

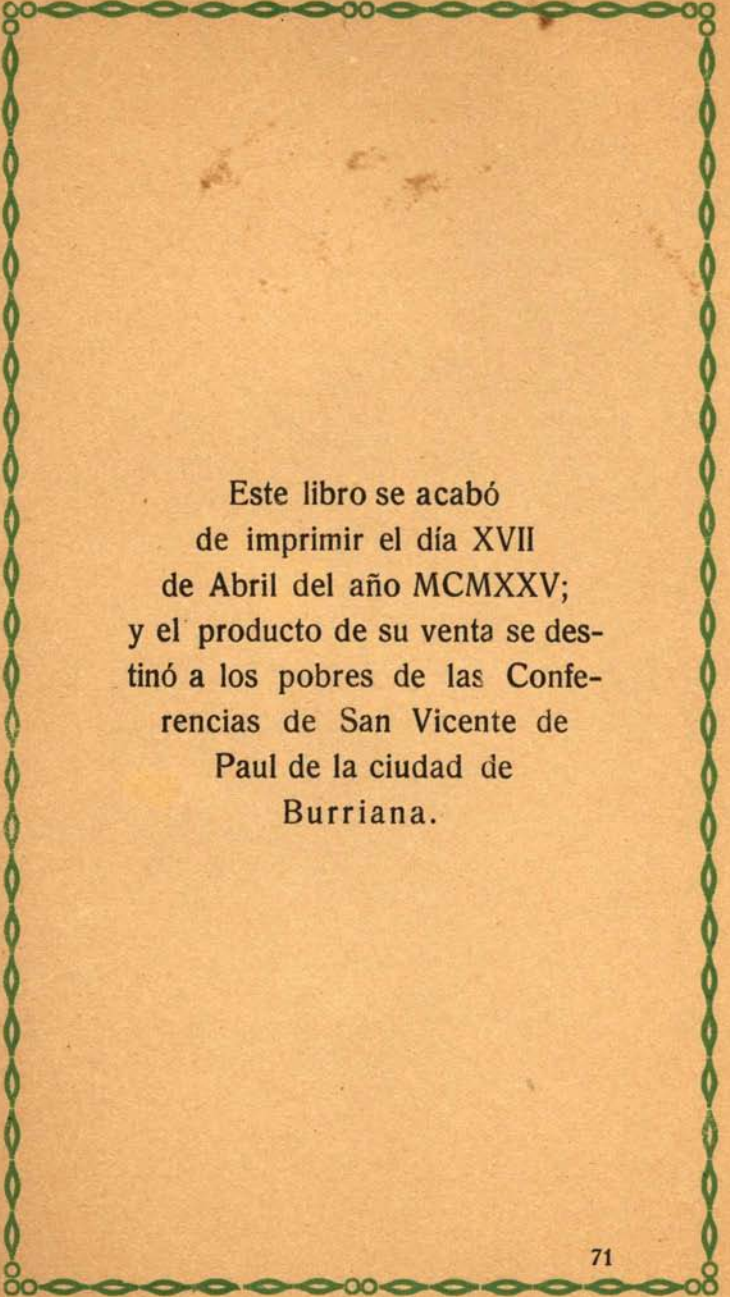
El tráfigo es enorme, la actividad pasmosa;
reciben sus impulsos industrias auxiliares,

y la manzana de oro preside como diosa
la economía entera de nuestros patrios lares.

Loor a los insignes primeros plantadores;
los Isidros profetas de tiempos ya pretéritos,
que habiéndonos creado suntuosos valores,
son de la patria chica los grandes beneméritos.

De nuestros naranjales, tendidos como alfombra,
cobijan sus boscajes al genio que me inspira;
es hora de descanso, guarézcome a su sombra,
y en una de sus ramas cuelgo mi tosca lira.





Este libro se acabó
de imprimir el día XVII
de Abril del año MCMXXV;
y el producto de su venta se des-
tinó a los pobres de las Confe-
rencias de San Vicente de
Paul de la ciudad de
Burriana.

FR